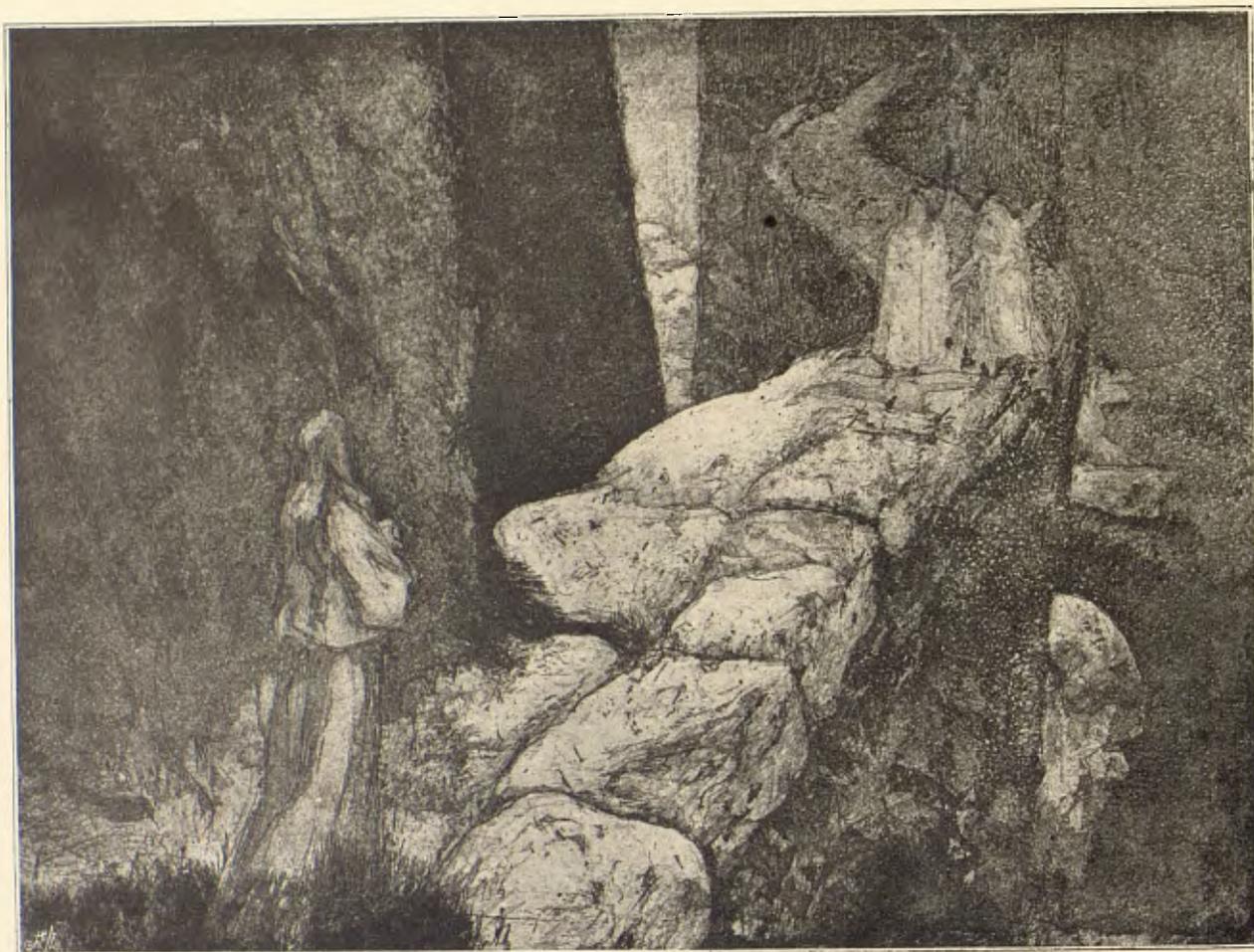


HISPANIA

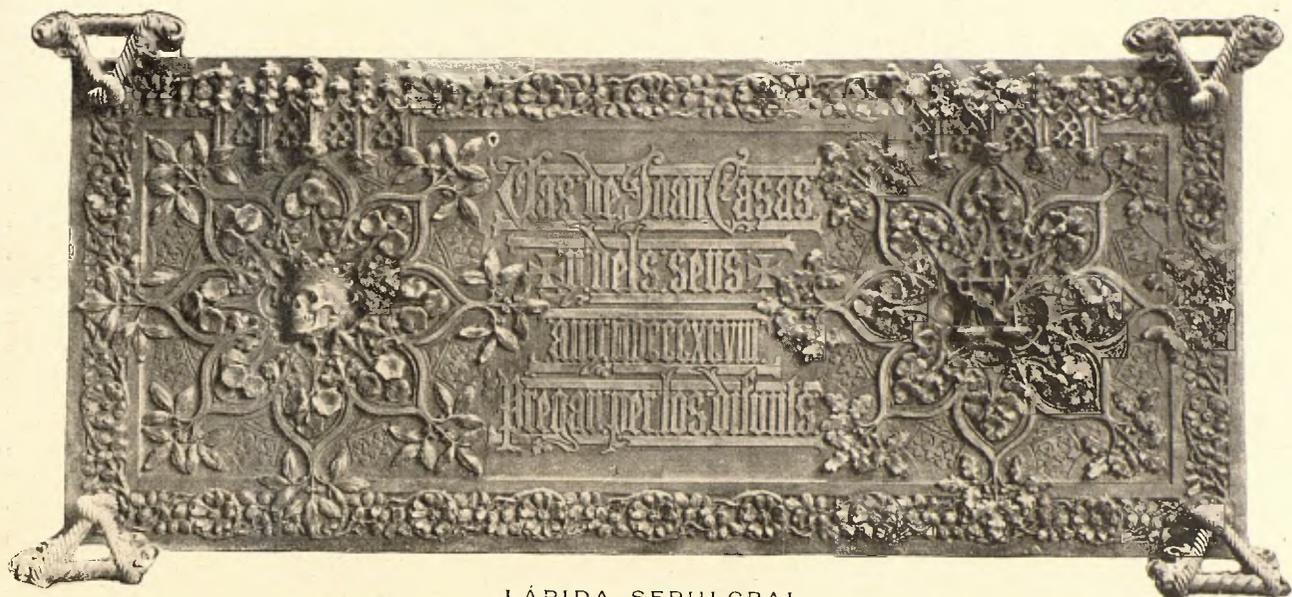


SUMARIO

PORTADA	por <i>Alejo Clapés.</i>
PARSIFAL	por <i>Mariano Fortuny.</i>
AMORES	por <i>Rafael Altamira.</i>
EL REGALO DEL NOVIO	por <i>Salvador Viniegra.</i>
PROCESIÓN DE LA BUENA MUERTE EL MIÉRCOLES DE CENIZA	por <i>A. Mas y Fondevila.</i>
DESPUÉS DE LA TEMPESTAD	por <i>Charpentier.</i>
RIO TORMOS. SALAMANCA	acuarela por <i>O. Junyent.</i>
ARCONES ITALIANOS DEL RENACIMIENTO	por <i>José Ramón Melida.</i>
PAISAJE. NOCHE DE NOVIEMBRE	por <i>Cristóbal de Castro.</i>



MARIANO FORTUNY.—PARSIFAL



LÁPIDA SEPULCRAL

Proyecto del arquitecto D. José Puig y Cadafalch. Fundida en bronce por Masriera y Campins

AMORES



CON gran asombro del jefe de estación, bajaron en Arenal aquel día cuatro viajeros del tren de Madrid. Eran cuatro mujeres. Sin saludarse, sin mirarse apenas, dando á entender que no se conocían, emprendieron el camino del pueblo, una detrás de otra. Vestían de negro. La que iba delante, con paso agitado, nervioso, era morena pálida, de grandes ojos negros febriles, y señalábase al punto por la elegancia de su traje, la distinción fina y señoril de su continente, gracioso y animado todo él por cierto aire de viveza, de fuego, que arrastraba tras de sí la mirada de los hombres. Parecía una niña al andar; pero en las leves arrugas é hinchazones de su cara, en las curvas pesadas de su cuerpo, marcábase sin lugar á duda el paso de los años. La segunda era delgada, alta, encendida de rostro, morena también, de hermosos ojos oscuros y fresca boca, gravemente contraída. Llevaba manto de luto, que le desfiguraba el talle, de suave esbeltez. La tercera, muy blanca de cara, con una blancura transparente que recordaba la de los granos de arroz, caminaba despacio, ceñuda, con gesto de suprema tristeza que á veces se iluminaba con relámpagos de ira ó de vergüenza; y en su mano fina, enguantada, oprimía un libro encuadernado en tela roja. La última era bajita, gruesa, de ojos pequeños llenos de luz, y la más vieja de las cuatro. Su traje era sencillo, falto de elegancia; pero la modestia natural con que lo llevaba producía al instante grata simpatía hacia la dueña.

Mientras caminaban iban pensando las cuatro en lo mismo, es decir, en *las otras*; y cada una hubiera dado gustosa parte de su vida por saber si era idéntico el mo-

tivo que las reunía allí, en aquel pueblo apartado, humilde pueblo de pescadores y de labriegos miserables. Cuando llegaron á las primeras casas dividiéronse. Dos de las viajeras siguieron hacia la plaza; otra torció á la izquierda, por un sendero que cruzaba los rastrojos; y la última, después de vacilar un momento, se dirigió á un hombre que allí cerca cavaba sus campos.

— ¿Hace V. el favor de decirme por dónde se va al cementerio?

El cavador alzó la cabeza al oír tan extraña pregunta, y quedóse mirando á la mujer, que parecía como avergonzada. Luego, con gran calma, sin dar aparentemente valor á la cosa, contestó:

— Por ese camino que ahí empieza va V. derechamente al cementerio.

Dió gracias la mujer y tomó la dirección indicada. Iba ahora de prisa, como deseando llegar pronto, y mirando recelosamente á todas partes. Al volver de un recodo vió que á poca distancia, delante de ella, caminaba la mujer del libro. Gran congoja le sobrecogió al comprender que iban las dos al mismo sitio, porque, en la fina intuición de su alma cariñosa, no le cabía ya duda de que un propósito igual las conducía. Instintivamente moderó el paso, y la otra siguió, erguida, trágica, insensible á todo, como un fantasma del dolor para quien el mundo es nada. El camino subía en zigzag por una colina en cuyo remate se levantaban las tapias del cementerio. En la ladera crecían, agarrándose con sus gruesas raíces al pedregoso declive, viejos algarrobos de hoja fuerte y oscura; y, de uno en otro, volaba á intervalos numerosa bandada de gorriones, con alegres chillidos.

La puerta del sagrado lugar estaba cerrada; pero la



LÁPIDA SEPULCRAL

Proyecto del arquitecto D. José Puig y Cadafalch. Fundida en bronce por Masriera y Campins

mujer del libro empujó con fuerza, y las inseguras hojas cedieron. El escenario no podía ser más humilde. Muchas cruces en el suelo, sin verjas, sin flores, sin adorno alguno; y en aquella fúnebre monotonía, que respiraba envidiable paz, destacábase bruscamente un sepulcro de piedra arenisca, amarillenta, construido en uno de los ángulos. Sobre él caía á plomo la luz del sol, rodeándolo de una aureola animada que parecía dar vueltas sin cesar.

La mujer se acercó hasta tocar la piedra. En la lápida había un nombre y dos fechas, la segunda de las cuales indicaba que aquel mismo día cumplíase un año desde que el muerto halló eterno reposo bajo aquella losa pesada, signo de la suprema libertad. Permaneció un momento, la mujer, de pie, inmóvil: veíanse luchar en su cara la expresión de un rencor agudo con la de un amor infinito que por instantes crecía. Y al fin venció, anegándole los ojos en lágrimas, haciéndola caer de rodillas, con la cara entre las manos... Acercóse entonces la otra suavemente, como si resbalase por entre las negras cruces, cada vez más humilde, más pequeña. Al otro lado del sepulcro se arrodilló también en silencio; y sus labios descoloridos, que apenas se dibujaban en la faz exangüe, murmuraron un rezo que parecía un sollozo.

Y así continuaron ambas, absortas en su propio dolor, sin pensar la una en la otra, ajenas á todo... hasta que un rumor de voces que se acercaba les hizo levantar la cabeza. Las otras dos viajeras entraban en el cementerio acompañadas por el sacristán, muy asombrado de ver la puerta abierta.

— Espere V. ahí fuera,— dijo la morena de grandes ojos febriles, en tono imperativo. Y el sacristán, como buen aldeano, socarrón y servil al propio tiempo, saludó obsequiosamente y salió, con ánimo de escuchar desde donde no fuera visto.

Las cuatro mujeres quedaron solas frente á frente, y por primera vez se miraron, recelosas é inquietas. La del mantón dijo al cabo, estremecida, como si un viento de indignación la agitase, y señalando la tumba:

— ¡ Ahí no tiene derecho á arrodillarse nadie más que yo !

Y, como notase un movimiento en las otras, añadió al punto:

— Soy su viuda. Murió en mis brazos, yo le cerré los ojos, para mí fueron su última mirada y su último pensamiento. Me quería con toda su alma, y yo lo quise como á nadie en el mundo, rodeándolo de felicidad, sacrificándole gustosa mi ser entero, que ya para nada sirve, puesto que no sirve para él. Fué dicho conmigo: yo borré toda su historia pasada...

— ¡ No lo injurios ! — interrumpió la nerviosa. — Su alma era más grande que tú la supones. Te quería inmensamente: tanto lo sé, que mi corazón todavía sangra por ello. Tú me lo quitaste: tú rompiste el lazo íntimo, apretado, que nos unía. Por ti soy yo, hace años, una muerta que anda, que parece estar en el comercio de la vida y que en realidad no alienta ni halla nada que le anime á su alrededor... No, ya sé que no tienes culpa. ¿ Qué sabías tú, pobre mujer ? Lo hallaste en tu camino y lo amaste, porque era forzoso que todos lo amasen, cuan-

do llegaban á conocer los tesoros de su intimidad, de una manera invencible, absoluta, que, una vez impresa en el espíritu, no se borra jamás sino con la muerte. Pero él era bueno; y, aun queriéndote, aun siéndote fiel como te fué, aun rompiendo con todo lo demás del mundo, guardaba allá en lo hondo de su memoria un recuerdo de gratitud, de inefable poesía, para las pobres almas que se consumieron en su fuego y se entregaron á él absolutamente...

— ¡ Ah! ¿ Crees que no lo sabía yo? — replicó la viuda.— ¿ Crees que no he torturado mi corazón mil veces con esa idea de que algo, que yo no sabía definir, pero que veía con la intuición segura de una mujer enamorada, sustraía al calor de mi cariño, á la penetración múltiple de mi afecto (que se abrazaba á él y calaba en todo su ser como si tuviera millones de brazos que entrasen adentro por los poros de su cuerpo bendito), una parte de su intimidad, cerrada para mí, á pesar de toda mi locura de amor?... ¡ Dios me perdone, y perdóneme también él, que ahí bajo reposa! pero esa tortura levantó en mí más de una vez el odio hacia mi Guillermo, un odio doloroso, especie de clavo candente que hacía chirriar, quemándolas, mis entrañas, y, por momentos contradiciéndose con el amor, lo convertía en humo entre agudos lamentos, como el fuego al agua en que se sumerge.

— ¡ Y te quejas! — dijo entonces la dama del libro, adelantándose iracunda, la voz vibrante, amenazadora.— Tú lo has gozado, tú has sido suya, su mujer; contigo ha edificado su hogar, ha conducido su vida durante años. Todo lo que podía darte, lo has tenido, ¡ y aun eras capaz de odiarlo! ¿ Y yo, yo? — Golpcóse el pecho con furia.— Yo estuve á punto de ser lo que has sido tú; yo tuve casi en mis manos la felicidad; y luego he sufrido el tormento de ver que todas sus protestas de amor se cumplían en otra, que todo lo que decía quererme desvaneciase como un fantasma.

— ¡ Á ti te conozco! — exclamó la viuda.— Sé quién eres, sé tu historia. No culpes á nadie de lo que fué culpa tuya. No supiste comprenderlo; quisiste jugar con un alma tan sincera y tan noble, y la perdiste. ¡ Fué justicia!

— Sí, lo confieso, — replicó la del libro.— Era yo una niña: mi inexperiencia me llevó á herirlo cruelmente; pero rescaté mi falta con largueza. Cuando quise acudir á él, su alma estaba ya cerrada para mí. Supliqué, y no

contestó siquiera á mis súplicas. Hablaba á todos de mí, menos á mí misma; y más de una vez tuve la ilusión de que volvía á ser mío, de que su espíritu sentía la nostalgia de los días felices. Pero no: todo aquello era pura poesía del cerebro, bordada sobre un fondo de indiferencia personal. Comparando aquel frío con el calor suave de su cariño anterior, creí que me había tenido en un perpetuo engaño, y lo odié, lo desprecié, pateé con rabia su recuerdo, sin conseguir arrancármelo, amándolo siempre, pero segura ya de que nunca juntaríamos nuestras vidas como soñé en un tiempo que se juntaran. É, irritada contra mí, irritada contra todos, he vivido con el infierno en el alma, no sabiendo en rigor si lo adoraba ó lo aborrecía.

— ¡ Veo que ninguna de las dos habéis sabido quererlo! — dijo con tristeza la de los ojos febriles.— Tú lo has

gozado tuyo, lo has tenido á tu lado, has compartido con él la intimidad de la vida, y ¡ aun has podido odiarlo á veces!... Tú sólo lo has conocido á medias, sólo has vivido con él en sueños, y fué un sueño más el que lo perdieras. Pero yo, yo lo he tenido todo, he sido suya... suya, — repitió con exaltación.— En mis brazos ha desfallecido de amor; lo he cuidado enfermo; lo he velado dormido, contemplándolo, robando á mi cuerpo el descanso para poderlo ver más y más; lo he consolado en sus penas; lo he inspirado en sus creaciones y lo he ayudado á formarlas; he despertado en él alegrías; le he hecho conocer sentimientos nuevos; le he dado mi salud, mi sangre, mi cuerpo, mi salva-



Proyecto del arquitecto D. Enrique Saguier. Fundida en bronce por Masriera y Campins

ción, todo... Mientras fué mío, su nombre era glorioso, brillaba en el mundo, todos me lo envidiaban; y yo no veía más que á él, importándome poco reputación, maledicencia, desprecio de las gentes. ¡Fuí para él, para él sólo!... Y todo eso lo perdí un día, bruscamente, sin gradaciones, sin compensación, pasando de las delicias de una felicidad inmensa, que creíamos eterna uno y otro, á las negruras del abandono, á la tristeza horrible de ver cómo se desvanecía su amor, mientras el mío seguía cada vez más firme, más vehemente, como hoguera inextinguible que el viento del desengaño sólo servía para avivar, avivar, quemándome en ella el ser entero. He llorado por él más que por mis padres, más que por mis hijos muertos, más que por nadie de los que me amaron; he sufrido cruelmente, muriéndome en silencio, no ahorrándome ni un desengaño, porque todo lo suyo lo he querido saber para continuar nutriendo mi muerte con su vida. ¿No es mi tormento mayor que el tuyo, mujer, que lo has visto morir adorándote, y mil veces mayor que el tuyo, que no llegaste á gozar de las mieles y el fuego de sus abrazos?... Y yo ni un momento lo he odiado, ni un momento lo he maldecido; porque mi amor es más grande que todo, más grande que el dolor, que el desengaño, que la ofensa, que la ingratitud, que la muerte. Me di á él por toda una eternidad, y suya sigo siendo. Nunca habéis podido vosotras quererlo como yo lo quiero, porque sois esclavas del amor propio, y yo me purifiqué, con sus besos, de todo egoísmo.

Calló la dama, y su figura elegante, hermosa por el arrebatado de la pasión, parecía elevarse al cielo radiante de luz, espiritualizada, magnífica, como grandiosa creación de las más nobles energías del alma. La viuda, anonadada por aquella revelación súbita, había caído al suelo

y, recostada sobre una cruz, lloraba convulsivamente.

La cuarta de las viajeras, que hasta entonces nada había dicho, se acercó á ella y le rodeó el talle con sus brazos, apretándola contra sí.

— Y tú, tú, ¿quién eres? ¿Qué te trae aquí? — exclamó la exaltada.

— ¡Yo! — dijo la humilde alzando el rostro, bañado en lágrimas. — Soy la más triste y la más feliz de todas. Lo amé y nunca supo nada de mi amor. Pasó á mi lado ignorando lo que yo era para él, y sufrí, porque así le agradaba, el tormento de ser la confidenta de todas sus ilusiones. Cuando se casó lo perdí por entero. Nunca me quejé. Con tal de que fuera él feliz, ¿qué me importaba lo demás? Á las tres os envidio y á las tres os quiero, porque le habéis dado momentos de dicha en la vida. La muerte nos une. ¿Vamos á ser más crueles que ella?

Besó á la viuda, y, levantándose, acercóse á la de los ojos febriles, la cogió de un brazo y llevóse la junto al sepulcro.

— Pídele perdón, — dijo. — Has cedido al orgullo y has derramado amargura sobre la que más amó él.

Luego llamó á la del libro.

— Arroja ese recuerdo que de él conservas; entiérralo aquí, junto á su sepulcro, para que no lo vea esa que ahí llora. Echa de tu alma el odio y reza con nosotras.

Empujándola suavemente, la condujo hasta la viuda, la sentó á su lado, y sus tres cabezas se confundieron en un grupo, del que se elevaba dulce rumor de rezos.

Cuando se levantaron, la dama de los ojos febriles ya no podía verlas: abrazada á la losa, había terminado sus sufrimientos. Su cara, vuelta hacia arriba, parecía irradiar una dorada luz que se mezclaba á la del sol, triunfante en el cenit de un cielo limpio de nubes.

RAFAEL ALTAMIRA



LÁPIDA SEPULCRAL

Proyecto del arquitecto D. Luis Domenech y Montaner. Fundida en bronce por Masriera y Campins



SALVADOR VINIEGRA.—EL REGALO DEL NOVIO



MAS Y FONDEVILA.—PROCESIÓN DE LA BUENA MUERTE EL MIÉRCOLES DE CENIZA



CHARPENTIER.—DESPUES DE LA TEMPESTAD. (E. F. Fot.)



O. JUNYENT.—RIO TORMOS. SALAMANCA



ARTE ANTIGUO

ARCONES ITALIANOS DEL RENACIMIENTO

existentes en el Museo Arqueológico Nacional



El movimiento artístico iniciado y mantenido por Italia desde el siglo XIII se reflejó, como no podía menos, en el mueblaje, y fruto de ello son las formas nuevas é invenciones decorativas que dan á los muebles italianos de aquellos tiempos fisonomía especial y característica. Entre los arcones en que el arte de los tallistas luce su invención y prolijidad, se distinguen los *cassoni*, que en Siena y en Florencia se producían primeramente. Justamente estos muebles, las arcas de novia, tan usuales allá como en España, señalan claramente la evolución que se operó en el arte del mueblaje. Las arcas, ó *cassoni*, más antiguas están decoradas por un sistema que podemos llamar pictórico y que difiere totalmente de la decoración tallada que en Occidente dábamos á tales muebles. No es la talla, es la marquetería el sistema empleado por aquellos decoradores. Pactican la *tarsia* ó mosaico. Vasari nos informa de que hasta mediados del siglo XV se practicó la combinación de blanco y negro; después idearon los *intassiatori* la coloración de las maderas con aceites, y llegaron á emplear hasta pastas de colores. Unfase á todo esto el dorado. Con tales elementos se hicieron obras importantes, llegándose á producir composiciones

con efectos de perspectiva. No hablaremos aquí de otras variedades decorativas aplicadas al mueblaje en Italia: el mosaico ó taracea, llamado *lavoro alla certosina*, marquetería así llamada por haberse practicado en las cartujas de Lombardía y que debió ser importada de Oriente; la decoración obtenida con aplicaciones de estuco, ideada en el siglo XIV por Margaritone d'Arezzo; y, por fin, la pintura, en que se distinguió Dello Delli, que se dedicó exclusivamente á decorar cofres en los que ponía estucos Donatello. De estos *cassoni* del siglo XV, con pinturas y pasta dorada, posee un buen ejemplar, que el Papa Pío IX regaló al Marqués de Salamanca, nuestro Museo Arqueológico Nacional, y otro presentó en una Exposición de arte retrospectivo, en Madrid, la casa de Fernán Núñez.

De esas aplicaciones de pasta se pasó á la talla, que en los arcones italianos representa el Renacimiento. Donde principalmente se tallaron arcones fué en Venecia, en la segunda mitad del siglo XVI. Pocos muebles hay que representen mejor el gusto artístico de aquel tiempo y de aquel país que los arcones tallados, arcas de novia en que suele no faltar el escudo de armas, cuyo estudio heráldico podrá ser algún día interesante, y campean la libertad de composición y la fantasía que avalora las obras de los italianos. Ningún país ni época alguna ha producido

muebles más suntuosos que estos, los cuales están ideados del modo que mejor podían armonizar con las grandes composiciones decorativas de la escuela veneciana. También los tallistas florentinos produjeron muebles de este género, y la diferencia entre los arcones de uno y otro origen se advierte observando que en los venecianos hay en las líneas generales y en la disposición y actitudes de las figuras algo de atormentado y exagerado, mientras que en las tallas florentinas hay un reposo y una severidad característicos.

La primera cosa en que se diferencian los arcones italianos de los de distinto origen es la forma de *sarcófago* que afectan y que para los italianos de aquel tiempo no tendría nada de fúnebre por ser una forma artística que ellos aplicaron lo mismo á las urnas sepulcrales que á los dichos muebles. Descansan, pues, éstos sobre cuatro garras de grifo; afectan pronunciada curva por su parte inferior, curva que enlaza con la que desarrolla la esfinge ó quimera que matan los ángulos del friso en que aparecen las historias y el escudo de armas que constituyen el motivo decorativo principal; y con el derrame de sus molduras termina la tapa el gracioso conjunto.

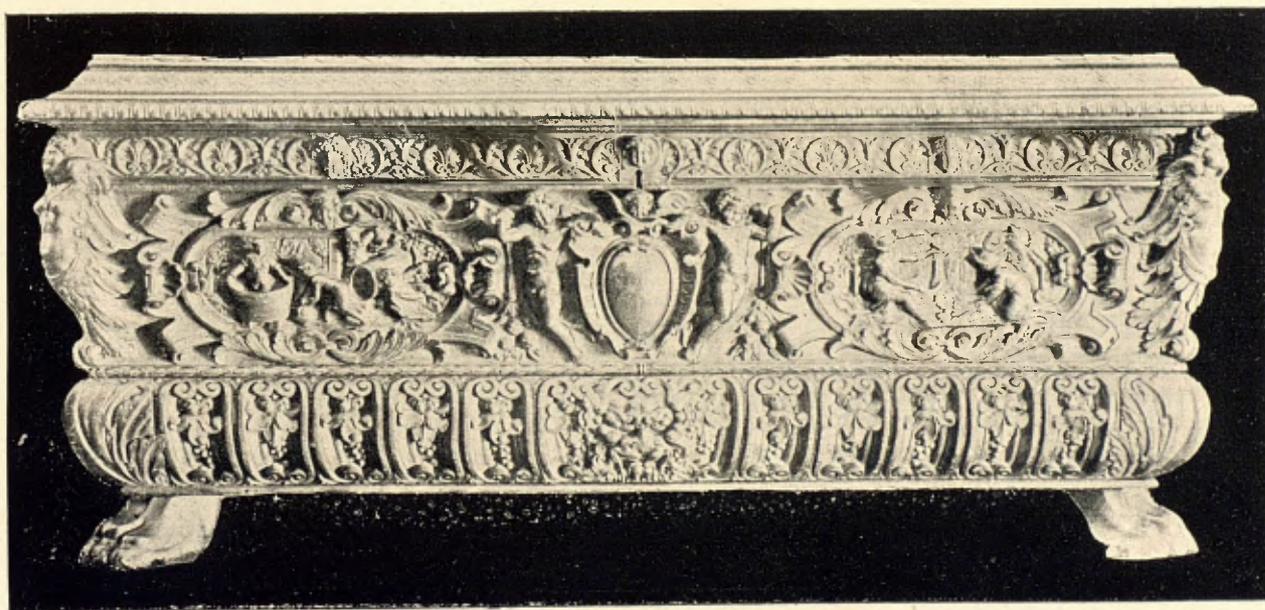
La notable colección de antigüedades que formó en Italia el opulento banquero D. José de Salamanca ha enriquecido nuestro Museo Arqueológico Nacional con algunos arcones italianos, preciosas muestras de aquel arte industrial, que también se ve representado con excelentes ejemplares en los Museos de Londres y de París. Reproducimos aquí dos de dichos arcones de la colección de Madrid.

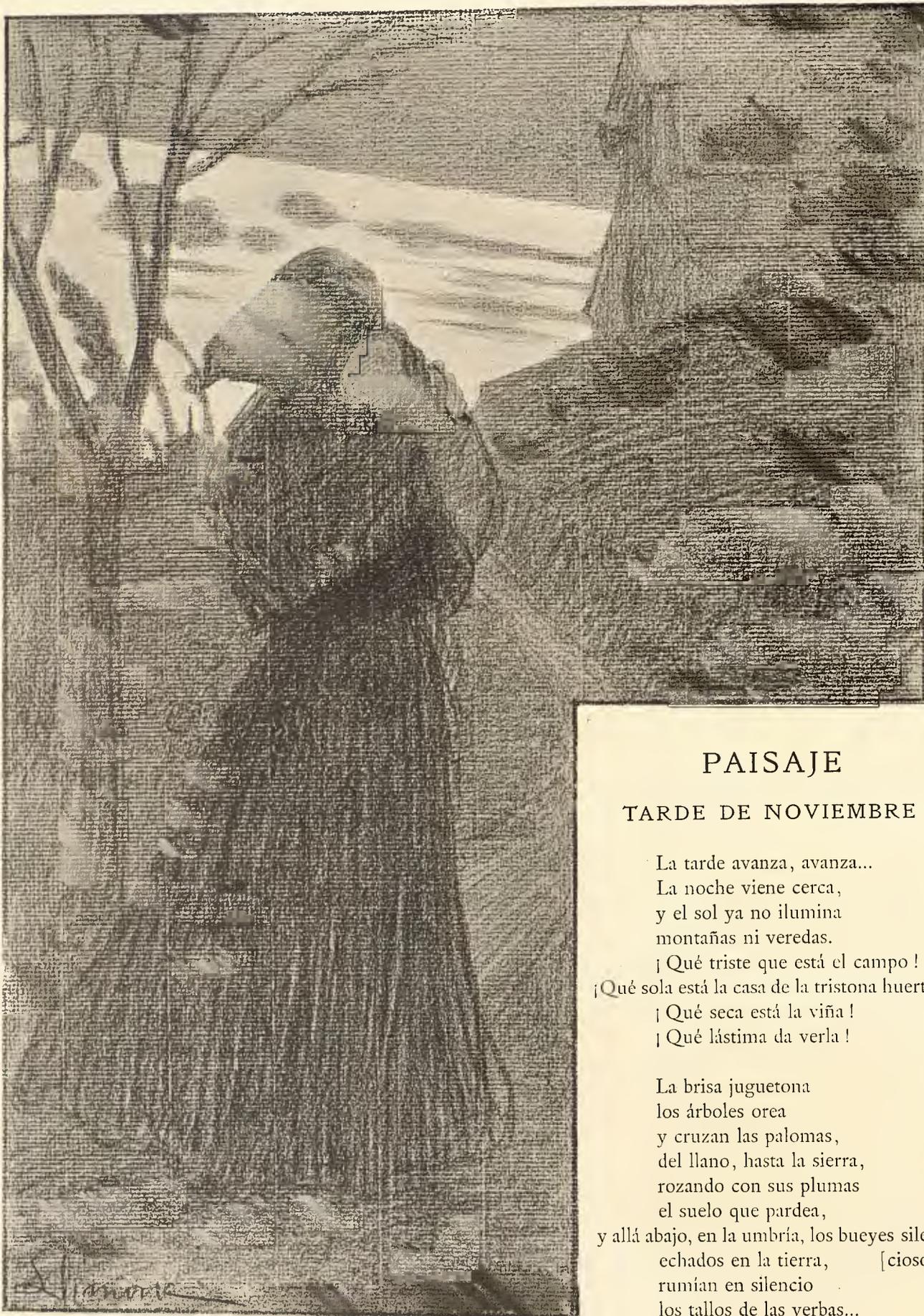
El primero ostenta el escudo dentro de una cartela sustentada por dos ángeles. El escudo es oval, femenino por consiguiente: el escudo de la novia á quien fué regalado el arcón. Á cada lado, en el mismo friso, se desarrolla un asunto histórico, que seguramente guardaría relación con

las tradiciones de la familia ó de la localidad de que la agraciada fuese originaria. Las figuras, muy bien puestas y modeladas, son de alto-relieve, y casi exentas las esfinges de los ángulos. Á los costados se ven trofeos militares. En el cuerpo inferior destaca por su mayor realce una guirnalda de flores, y á los lados se ven guerreros montando caballos marinos, uno de éstos con cabeza de carnero. La ornamentación de motivos clásicos de todas las molduras se recomienda por su excelente dibujo y su primorosa talla. El tono de la madera es obscuro, y muchos detalles, especialmente de las figuras, están dorados. Longitud, 1'75 metros; altura, 0'57 m.; anchura, 0'77 m.

El segundo arcón es algo mayor, pues mide de largo 1'85 m.; de alto, 0'73 m.; y de ancho, 0'63 m. También es de madera de tono obscuro con trozos dorados. El escudo de la novia está dentro de una cartela, coronada por un querubín y sustentada por dos ángeles. Á cada lado, dentro de sendas cartelas muy bien compuestas aparece un relieve, que representa el de la derecha la siega y el de la izquierda la vendimia; emblemas, sin duda, de los bienes que el novio ofrecía á su prometida. De los ángulos destacan sirenas. La parte inferior está dividida en compartimientos, en los que se repite un motivo ornamental, menos en el del centro, donde se ve un mascarón interpretado con la fantasía característica de aquellos decoradores. Sobre el friso hay una faja de palmetas y graciosas cabecitas. La tapa ofrece análogo aspecto que en el anterior y en todos los arcones italianos. Adviértase que la composición general arquitectónica de estos muebles responde exactamente á los principios clásicos, de tal manera que ni la libertad ni la fantasía de los entalladores les hizo faltar á la disposición clásica que pedía sobre los soportes el arquitrabe, el friso y la cornisa.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA





PAISAJE

TARDE DE NOVIEMBRE

La tarde avanza, avanza...
 La noche viene cerca,
 y el sol ya no ilumina
 montañas ni veredas.
 ¡Qué triste que está el campo!
 ¡Qué sola está la casa de la tristonera huerta!
 ¡Qué seca está la viña!
 ¡Qué lástima da verla!

La brisa juguetona
 los árboles orea
 y cruzan las palomas,
 del llano, hasta la sierra,
 rozando con sus plumas
 el suelo que pardea,
 y allá abajo, en la umbría, los bueyes silen-
 echados en la tierra, [ciosos,
 rumían en silencio
 los tallos de las yerbas...

Tendido en el repecho
que el olivar faldea,
miré el paisaje hermoso
y augusto de la vega.
... El río, mansamente,
cruzaba la alameda.

Los árboles cantaban el himno de las hojas,
Salían de los nidos estrofas de poemas,
y, oculta en las cañadas,
alguna liebre inquieta
buscaba su escondrijo, que esconden los matojos
debajo de las piedras.

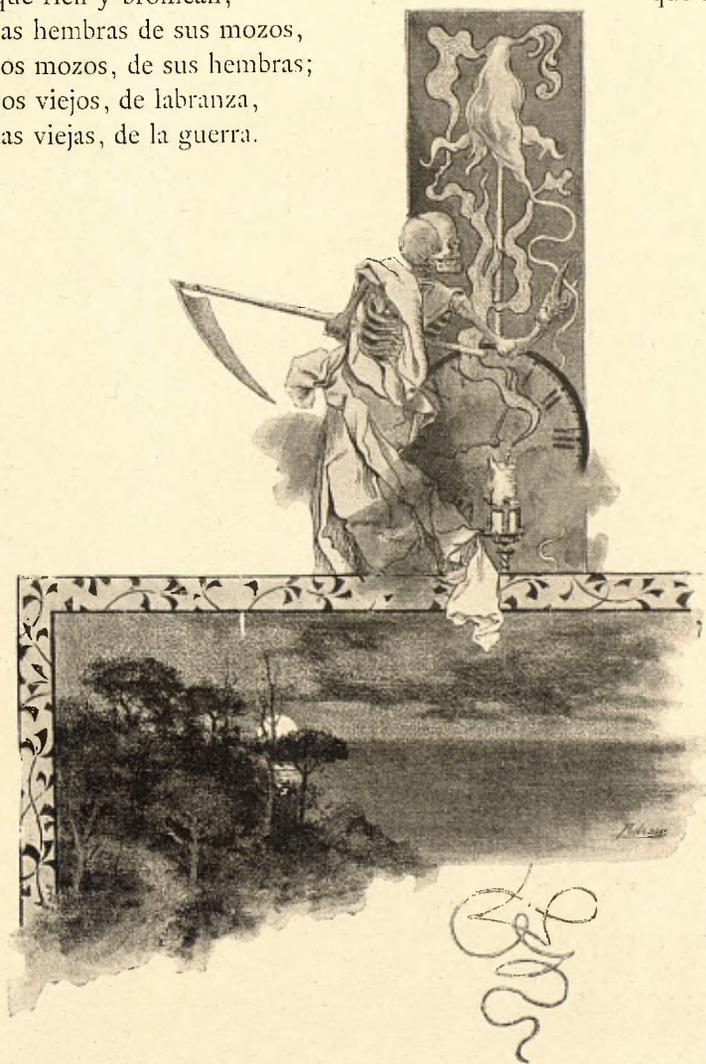
Tendido entre los álamos,
de espaldas en la tierra,
yo ví morir la tarde
y ví la noche inmensa
que, en alas de la sombra,
llegaba, fría y negra.
...Ya los trabajadores
regresan á la aldea,
en grupos bulliciosos
que ríen y bromean,
las hembras de sus mozos,
los mozos, de sus hembras;
los viejos, de labranza,
las viejas, de la guerra.

Yo ví por el camino,
sus negras siluetas,
oí sus risas francas,
sentí sus voces frescas,
y, al verlos tan alegres,
me dió no sé que pena..
Envidia de sus almas
joviales y risueñas;

pesar de sus amores, sin celos ni inquietudes,
sin dudas y sin quejas...

...Allá van, tan contentos,
por la ancha carretera,
hablando de labranza,
de amores y de guerra,
y aquí me quedo, solo,
sin nadie que me vea,
sin nadie que penetre mis ansias infinitas,
sin nadie que adivine mis sueños de poeta,
á solas con la tarde
que muere entre las peñas,
á solas con la noche que avanza, negra y fría,
que avanza, fría y negra...

CRISTÓBAL DE CASTRO



PLAFÓN DECORATIVO



40 piezas azulejos cartón piedra, en colores y relieve. Tamaño natural: 1m X 1'00